



la cabeza de las fiestas celebradas entonces allí se encuentra la siguiente inscripción: ***El 25 de diciembre, Cristo nació en Belén de Judá.***

La elección de este día concreto fue determinada por una fiesta precristiana que se celebraba en Roma, la del *Sol invencible*. Según los cálculos el 25 de diciembre era la fecha del solsticio de invierno, el día en el que el sol aparecía con menos fuerza. La gran fuente de luz y de calor se mostraba agotada, pero revivía en aquel mismo momento y día tras día crecía en fuerza y luminosidad.

En un primer momento sentimos un cierto desconcierto al enterarnos que la fiesta más cristiana de las fiestas habría tenido asociaciones paganas. Pero si reflexionamos un poco encontraremos aquí un nuevo ejemplo del método misionero y catequético de la Iglesia Católica que, en lugar de suprimir costumbres ya existentes, prefiere, cuando es posible, conservarlas, y guiada por el Espíritu, descubrir en el mundo y en la vida de los hombres la bondad que Dios Creador ha puesto. La acoge, la purifica de todo aquello que es ajeno al Amor divino

y a la dignidad humana, y le confiere una significación nueva.

Diciembre nos brinda una oportunidad de oro para escapar por un instante de la tensión y experimentar un poco de paz.

Tristemente la Navidad se ha convertido en una celebración donde Jesús, protagonista indiscutible de la misma, no ha sido invitado. Las calles se llenan de **luces**, pero aquel que dijo *Yo soy la Luz del mundo*, está ausente. Si tuviéramos permanentemente con nosotros a Jesús, Señor de la Navidad, ésta no duraría solo un mes, sino toda la vida.

En una pequeña aldea llamada **Belén** nacerá el Salvador, al que no le gustan las grandes ciudades ni los grandes imperios. Le gustan las cosas sencillas, humildes. Belén significa *casa del pan*. Precisamente eso es lo que es Belén: la casa del Pan de Vida. El Pan de la fraternidad, el Pan de un mundo nuevo, el Pan de la Eucaristía, el Pan del Amor.

La puerta de acceso a la gruta de Belén mide poco más de un metro de altura. Solo los pequeños, solo los niños pueden pasar por

ella. Solo los que son como ellos podrán entrar en el Reino de los Cielos. La puerta de Belén es la puerta de los sencillos, de los humildes, de los pobres, de los que se agachan y se doblegan.

En tiempos de Jesús los **pastores** eran considerados como gente no honrada, al margen de la ley, ya que con frecuencia apacentaban sus rebaños en campos ajenos y, por eso, algunos comentaristas del Evangelio encarnan en ellos a los pecadores que Jesús viene a salvar; a los futuros creyentes que se encuentran con Dios al escuchar el anuncio del ángel y aceptan su mensaje. En ellos estamos representados todos aquellos que al creer somos capaces de doblar la rodilla ante el Niño recién nacido.

Tres **Magos** siguieron una estrella que se posó en el portal de Belén. Entraron y reconocieron al Niño, se postraron, le adoraron y le ofrecieron lo mejor de sí mismos: oro para el Rey, incienso para el que es Dios y la mirra para quien también es hombre. Los Magos de Oriente significan asimismo la **universalidad** del mensaje que aquel Niño vino a traer a la tierra. En sus rostros de distinta pigmentación, en sus razas y en sus diversas culturas están representados todos los hombres.

Ante Cristo solamente existen hijos de Dios, hermanos entre sí. Él no distingue, no discrimina. Dios, decía un escritor, *solo sabe contar hasta uno*. Cada hombre es único para nuestro Padre.

En 1223, en Greccio (Italia), San Francisco de Asís decidió celebrar con la mayor solemnidad posible el recuerdo del Nacimiento de Jesús con el fin de aumentar la devoción de los pobladores. Hizo preparar un pesebre, consiguió algo de heno y trajo un asno y un buey.

La Misa se celebró utilizando el pesebre como altar. San Francisco relató al pueblo

reunido el Nacimiento de un rey pobre al que llamó cariñosamente **Niño de Belén**.

El señor Juan de Greccio, caballero virtuoso y leal, que había abandonado las armas por amor a Cristo, afirmó que él había visto a un niño muy hermoso que descansaba en la cuna y que pareció despertar cuando el Padre Francisco lo tomó en sus brazos. El Niño Jesús, efectivamente, estaba dormido por estar olvidado en muchos corazones y a través de su siervo Francisco se despertó su recuerdo y se imprimió impercederamente en su memoria.

Cuando los **ángeles** del cielo anunciaron el Nacimiento del Niño a los pastores, retumbó en el aire el primer cántico de Navidad. La verdadera música de Navidad te acerca a Dios y hace que tengas un corazón más elevado.

En castellano la palabra **villancico** deriva del término *canción de villa*. En España, especialmente en Castilla, los villancicos surgieron en el siglo XV. Eran cantos compuestos por estribillos o coplas cuyo contenido no era necesariamente de carácter religioso. Tres siglos más tarde comenzó a usarse este género para que el pueblo pudiera meditar sobre algunos episodios de la vida de Jesús.

El villancico más conocido es *Noche de paz* que fue compuesto *accidentalmente* por un sacerdote austríaco, párroco de un pequeño pueblo de los Alpes, Joseph Mohr, quien, encontrándose preparando el sermón de Navidad, es avisado que una campesina acaba de dar a luz en la montaña y le ruegan que acuda para bendecir al recién nacido. Cuando el sacerdote vuelve después de bendecir al niño y decir la Misa de Gallo, arrebatado por tanta emoción trata de describir la escena en unas cuartillas. Luego el maestro de la escuela pone música a la letrilla y la cantan por primera vez acompañados de una guitarra al haberse



malgrado el órgano de su parroquia, la capilla de San Nicolás. Fue así como en la Navidad de 1818 se cantó por primera vez *Noche de paz*, actualmente traducido a 330 idiomas.

Hoy en día las instalaciones eléctricas han reemplazado a las velas para iluminar la Navidad. El origen de esta costumbre se pierde en la antigüedad, en las luces puestas para servir de guía a los peregrinos que regresaban a sus casas para la celebración de las fiestas navideñas. Las luces nos recuerdan que en Navidad ha cambiado la perspectiva del mundo; de las tinieblas se ha pasado a la luz, porque **Jesús trajo la luz a los espíritus dormidos**.

En el Antiguo Testamento el árbol tiene un significado muy especial: bajo los árboles sagrados se celebraban reuniones, juicios y asambleas del pueblo. Cuando se hizo popular como elemento decorativo por Navidad, surgieron muchas leyendas piadosas para explicar su origen. Una nos cuenta que cuando nació Jesús todos los árboles de

un bosque cercano florecieron y dieron fruto a pesar del hielo y de la nieve.

Cuando decoramos hoy en día **el árbol de Navidad** en nuestras casas no podemos dejar de lado el sentido cristiano que tiene. En el Nuevo Testamento el árbol frondoso es imagen del Reino de los Cielos. No solo los hombres se alegran con la venida del Niño, también la naturaleza; porque así como toda ella fue afectada por el pecado del hombre, también participa de la redención que se inicia en el pesebre.

La Navidad es el día en el que Dios pone un belén en cada alma. La Navidad nos recuerda el momento en el que Dios, haciéndose hombre, permitió que los hombres pudieran llegar a Él.

¿Por qué estamos tan alejados del establo?
¿Estaremos demasiado aislados en nuestros propios palacios incapaces de escuchar la voz de los ángeles, acudir al pesebre y ponernos a adorar al Niño Dios?

Adelaida F. Reyero

TODOS HERMANOS



Fratelli Tutti, hermanos todos, el Papa elige estas palabras de San Francisco de Asís para dirigirse a todos, sin excepciones, y promover una **forma de vida con sabor a evangelio**.

Estamos ante una **encíclica** con una finalidad clara: Detenerse en la dimensión universal del amor fraterno, su apertura a todos. Surge como reacción ante las actuales formas de eliminar e ignorar a otros y lanza un sueño de fraternidad y amistad que no

se quede en palabras, sino en hechos. Es por esto que el propio Papa la considere una Encíclica social.

El punto de partida es claro: hemos dado un paso atrás, ya que las formas de integración se han parado por el efecto de las grandes amenazas del momento, entre las que destacamos: las guerras y atentados; la globalización sin rumbo; La cultura del descarte sobre los no nacidos y ancianos: aborto y eutanasia; la inequidad, que favorece el crecimiento

